

RESEÑA DE LA CARTA ARQUEOLOGICA DE SAN TIRSO DE ABRES

Rogelio Estrada García

EL TERRITORIO

San Tirso de Abres es el municipio más occidental del Principado de Asturias. Se encuentra situado a $43^{\circ}22'28''/43^{\circ}25'55''$ de latitud Norte, y $3^{\circ}24'25''/3^{\circ}29'41''$ de longitud Oeste, con respecto al meridiano de Madrid. De pequeñas dimensiones, ocupa una superficie de 31,36 Km², con alturas comprendidas entre los 661 y 10 m.s.n.m. (SA-DEI, 1990, p. 415).

Desde el punto de vista geológico, este área se encuentra enclavada dentro de la Zona Asturoccidental-Leonesa. Si exceptuamos los depósitos cuaternarios, el substrato litológico está formado por materiales del Paleozoico Inferior. La denominada Serie de los Cabos, compuesta por una amplia sucesión de cuarcitas, areniscas y pizarras, del

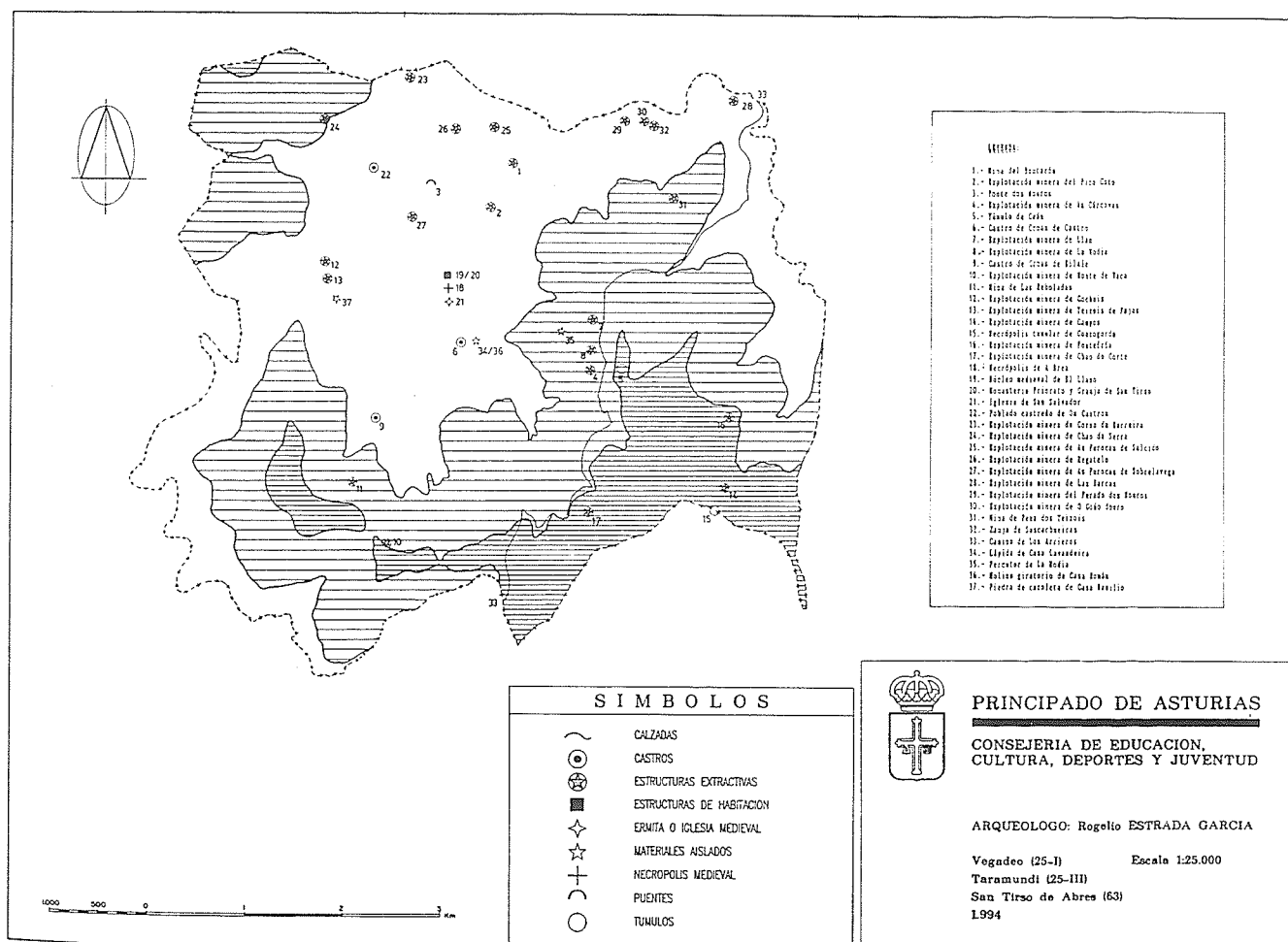
Cámbrico Medio-Ordovícico Superior, ocupa aproximadamente un 80% del Concejo (IGME, 1980).

Inserto en la cuenca del Eo, el cual lo surca en su tercio occidental, presenta una orografía relativamente suave, propia de un relieve formado por el plegamiento herciniano.

LOS YACIMIENTOS

De las 37 fichas elaboradas en la Carta Arqueológica, 30 corresponden a yacimientos, o materiales aislados, inéditos (ver listado en la leyenda del plano adjunto).

Se han documentado cuatro nuevas estructuras tumulares. Una aislada (túmulo de Ceán), y tres conformando una necrópolis (Couzogordo), situada esta última en la di-



visoria de los términos municipales de Taramundi y San Tirso. En relación con este tipo de construcciones se ha detectado también la presencia de un topónimo muy significativo: Monte de La Modia, si bien, en el caso de esta zona concreta, no hemos podido localizar resto alguno.

Se añaden dos castros —Croas de Eilale y Os Castros—, al ya inventariado —Croas de Castro—, por D. José Manuel González (1978, p. 242). Ambos, pese a presentar algunas destrucciones o afecciones más o menos relevantes, se encuentran en un estado de conservación, relativamente bueno. Situados en espolones, poseen unas defensas de notable envergadura. Así, en el recinto de Eilale, uno de los fosos, tallado en el substrato de pizarra, alcanza los 4,5 m. de anchura, y una altura, a pesar de su colmatación, de unos 6-7 m. aproximadamente. En Os Castros uno de los tramos de muralla conservado, con 65 m. de longitud, alcanza 1,8 m. de altura y su anchura media es de 3,5 m.

Llama poderosamente la atención la escasa distancia que media entre estos tres asentamientos. Sobre el plano, Castro y Eilale, distan unos 1.200 m.; más alejado, en la otra margen de la cuenca del Eo, Os Castros, se encuentra a 2.000 m. del primero, y 2.500 m. del segundo. Su presencia, en un área tan reducida, quizá pueda explicarse en función de los abundantes vestigios de antiguas labores mineras detectados en la zona. En este sentido, es ciertamente significativa la notable cantidad de escorias de fundición, halladas en dos de los castros documentados. Asimismo, esta relación es un hecho claramente constatable en el caso del poblado de Eilale y la mina de hierro de Las Reboladas, localizados ambos en la vertiente septentrional del Monte de Vaca, y distantes entre sí unos 600 m. El castro posee un reducido campo visual, dominando una vaguada al Oeste y una pequeña vega al Este; sin embargo, su disposición adquiere plena significación si tenemos en cuenta que se halla en uno de los puntos de mayor potencialidad en el aspecto defensivo, del entorno de la explotación, asentándose a una cota inferior, en la zona de paso más favorable para acceder a ella.

Sin lugar a dudas, cabe destacar, por su número (veintidós), las referidas huellas de trabajos mineros: veinte nuevas, que se suman a las dos ya conocidas del Furado dos Mouros y O Gouño Douro (Claude Domergue, 1987, pp. 445-6). En su mayoría, se trata de explotaciones a cielo abierto (dieciocho), constatándose sólo cuatro ejemplos con galería. Las materias primas beneficiadas, fueron con toda probabilidad, el hierro o el oro. Del primer metal, se contabilizan con certeza, nueve aprovechamientos. Existen, asimismo, una serie de restos cuya atribución, a uno u otro beneficio, es de todo punto dudosa (yacimientos N° 4, 7, 14, 17 y 24). Si bien, a primera vista parece claro el

predominio del hierro sobre otros materiales dispersos en superficie, no podemos descartar la posibilidad de que se trate de antiguas explotaciones auríferas. A favor de esta hipótesis jugaría la apreciable envergadura de las obras, con zanjonos que alcanzan los 165 m. de long., 3 m. de anchura en la base y 10/15 m. en el extremo superior, por 4 m. de profundidad, en el caso de As Cárcovas, así como la existencia de abundante caudal hídrico en las inmediaciones de las mismas. Por otra parte, la presencia de cuarzas y cuarzo teñido por óxidos férricos, también podría apuntar en este sentido, ya que éstos suelen acompañar, en numerosas ocasiones —habitualmente a modo de ganga, la segunda roca—, a aquel metal, en Asturias (Fuentes Acevedo, M., 1884, pp. 39-40).

Especial mención, merecen las huellas de minería aurífera, documentadas en las terrazas del Eo. A las dos aludidas anteriormente, se unen seis más, concentradas casi todas en la margen izquierda de la cuenca (yacimientos N° 12, 13, 25, 26 y 27). En la mayoría de los supuestos, parece tartarse de sondeos o exploraciones, más que explotaciones en sentido estricto. No obstante, los trabajos adquieren notables dimensiones en algunos casos, como la gran zanja de Teixois de Fojas, de 150 m. de long., 20 m. de anchura y taludes que alcanzan los 9/10 m. de altura. O también, cierta complejidad en cuanto a remociones y morfologías resultantes se refiere, como sucede en As Furocas de Salcido, con una gran cubeta situada en la parte alta, de la cual parten una serie de zanjas que enlazan con el frente de explotación inferior, de unos 300 m. de long. y 25 m. de anchura, aproximadamente.

La distribución de todos estos restos, evidencia que el laboreo afectó por igual a los distintos depósitos insertos en la citada cuenca, tanto a los viejos testigos aluviales situados en cotas altas, como los más recientes, ubicados a un nivel inferior. Las características sedimentarias de estos palceres son bastante heterogéneas. Nos encontramos así, con terrenos compuestos por una matriz arcillosa, de color rojizo o amarillento, con cantos de centil variable, relativamente sueltos, algunos de cuyos rasgos definitorios son la ausencia de neoformaciones minerales y su casi nula alteración por procesos diagenéticos. En otras ocasiones, observamos, sin embargo, la presencia de fenómenos de compactación en zonas que soportan ya presiones de cierta magnitud, como consecuencia de su enterramiento. En éstas, se suele desarrollar una incipiente cementación, no muy consistente, teñida por óxidos de hierro. Asociado a algunos de estos restos, hemos documentado un topónimo: “furocas” (también derivados, como “furoco” o “furveo”), probablemente inédito, al menos en la bibliografía a que hemos tenido acceso hasta la fecha.

Se ha logrado determinar, a través de diversas citas (Reigosa Pedrosa, 1979 y Mariño Veiras, 1983), la existencia de una serie de restos medievales, localizados en El Llano. A este respecto, son ilustrativos algunos documentos pertenecientes a los fondos archivísticos del monasterio de Sta. María de Meira, depositados en el Archivo Histórico Nacional. En 1172, la citada abadía adquiere, del linaje de los Vélez, la mitad de la "villa de San Tirso" y la potestad sobre sus habitantes, otorgándoles posteriormente (año 1250), en foro, a 56 pobladores, la mitad de la misma (Reigosa Pedrosa, 1979, pp. 131-133). Según Mariño Vieras (1983, p. 276), en los siglos XV y XVI, la capital del concejo era un núcleo de población de cierta entidad. En ella, las casas se concentraban en "un lugar de hábitat común", alineándose en torno a una calle. Esta disposición lineal, vertebrada sobre el eje central, de orientación NE-SW, que constituye la actual Avda. de Galicia y su prolongación, la calleja de "A Granxa", apenas ha sido desvirtuada con el paso del tiempo. Tan sólo el desarrollo experimentado, en épocas más o menos recientes, en el extremo occidental del conjunto y en la mitad NW de la calle General Aranda, han alterado, en cierta medida, la morfología antes descrita.

Testimonios de este pasado medieval, serían el Monasterio-Priorato y Granja de San Tirso, dependiente de Meira, la iglesia de San Salvador y la necrópolis de A. Brea. De los dos primeros, apenas quedan ya restos constructivos que puedan identificarse como fábrica de este período. En el caso del monasterio, ubicado en la zona Norte de la población, conocida por el elocuente topónimo de "Granxa", sólo se conservan algunos lienzos medianeros, de cronología incierta, insertos en las modernas construcciones.

Por la documentación antes referida (Reigosa Pedrosa, 1979, pp. 132-33), se conoce la existencia de una iglesia en El Llano, en el s. XIII, si bien no se ha podido determinar ni su advocación, ni su ubicación exacta. No obstante sabemos, a través del "Padrón a Calle Hita" de 1523, recogido en el Archivo Municipal, que el actual templo de S. Salvador se hallaba ya erigido en esta última fecha. Creemos factible, que éste, bien reaproveche o bien se asiente en el solar que ocupaba la primitiva construcción, aludida en los textos medievales.

La primera noticia sobre la necrópolis de A. Brea, nos la proporciona D. J. Villamil y Lastra, el cual refunde los datos recogidos por D. Sabino González Losa (Pérez de Castro, 1973, pp. 327-28), en el capítulo correspondiente al Municipio, del tomo III de Asturias (O. Bellmunt y F. Canella, 1900, p. 202). Las sepulturas por él descritas, estaban formadas por lajas de pizarra o piedra bien traba-

jadas, unidas por argamasa, con las cabeceras orientadas hacia el Este. A la espera de los datos obtenidos en la reciente excavación, realizada por Yolanda Viniegra, en la capilla de S. Juan, no se dispone, por el momento, de testimonios materiales y documentales que permitan fechar la necrópolis con precisión meridiana. No obstante, ésta podría abarcar un ámbito temporal muy amplio, que con toda probabilidad tiene su origen en época medieval, continuando seguramente, su uso en la Edad Moderna. Asimismo, no existen testimonios concluyentes acerca de la superficie que ocupa, a todas luces menor que la apuntada por Villamil en la citada publicación.

BIBLIOGRAFIA

- BELLMUNT, O. y CANELLA, F. (1900): *Asturias*. Tomo III, pp. 199-203. Fotop. y tip. de O. BELLMUNT, Gijón.
- DOMERGUE, C. (1987): *Catalogue des mines et des fonderies antiques de la Péninsule Ibérique*. Publications de la Casa de Velázquez, Serie arqueologie VIII, Madrid.
- GONZALEZ y FERNANDEZ VALLES, J. M. (1978): *Historia de Asturias. Asturias Protohistórica*. Ayalga ed. Salinas.
- I.G.M.E. (1980): *Mapa Geológico de España, E. 1:50.000*. Hoja de Vegadeo (25). Madrid.
- REIGOSA PEDROSA, P. (1979): *Trabada y su comarca*. Graf. Lux, Oviedo.
- MARIÑO VEIRAS, D. (1983): *Señorío de Santa María de Meira (siglos XII-XVI)*. Ediciones Nos, La Coruña.
- PEREZ DE CASTRO, J. L. (1973): "El Coto de San Tirso de Abres, según el Catastro de Ensenada". BRIDEA, N.º 79, pp. 303-329, Oviedo.
- SADEI (1990): *Reseña Estadística de los Municipios Asturianos 1988*. Caja de Ahorros de Asturias. Oviedo.